



## ECUADOR

**N**i el culteranismo del siglo xvii, ni la reacción clásica del xviii, tuvieron en el territorio que es hoy República del Ecuador tan caracterizados representantes como en México y el Perú; y así lo demuestran, por una parte, el *Ramillete de varias flores poéticas* que publicó en Madrid (1675) el jesuita guayaquileño Jacinto Hevia, y por otra los ensayos de algunos ingenios ecuatorianos, también de la Compañía, restauradores del buen gusto en literatura, doctos humanistas más bien que poetas, arrojados inicuamente de su patria, como sus hermanos de España y América, por el decreto de Carlos III <sup>1</sup>.

No es sólo la superioridad del talento, sino también la de las circunstancias, la que eleva á gran altura sobre el nivel alcanzado por sus precursores al vigoroso cantor de Junín y Ayacucho, ante cuyo apasionado entusiasmo brilló la figura del Libertador Bolívar como

<sup>1</sup> Puede consultarse la *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana desde su época más remota hasta nuestros días*, por Juan León Mera, Miembro correspondiente de la Real Academia Española. Segunda edición, seguida de nuevos apéndices. Barcelona, 1893. (Capít. II-VII, págs. 29-203.)

un sol que esparce en torno los rayos de la felicidad y la gloria. El haber sido contemporáneo, amigo y confidente del ilustre guerrero á quien hizo héroe de su capital obra poética, lejos de amenguar en Olmedo la admiración que por él sentía, contribuyó á robustecerla y á que el valor propio del asunto apareciese realzado por el interés personal é íntimo del que contempla en la independencia de su patria la realización de un sueño hermoso y halagador, la seguridad del triunfo tenazmente disputado é indeciso por largo tiempo. El autor de *La Victoria de Junín*, que fué siempre poeta muy reflexivo en medio de sus fogosidades y arrebatos, se dió cuenta de las ventajas y desventajas inherentes á la proximidad de los sucesos que él trataba de inmortalizar <sup>4</sup>. Considerándolos dignos de una epopeya que

<sup>4</sup> El Dr. D. José Joaquín de Olmedo nació en Guayaquil el 20 de Marzo de 1780, fecha ignorada por casi todos sus biógrafos hasta que D. Juan León Mera publicó la partida de bautismo de su célebre compatriota. Estudió Olmedo la Gramática Latina en Quito, en el Colegio de San Fernando, que dirigían los Padres Dominicos; se trasladó en 1794 á Lima, siguiendo los cursos de Filosofía, Matemáticas y Derecho, y en 1805 recibió el grado de Doctor en esta Facultad, dedicándose por algún tiempo al Profesorado. En 1810 vino á España, como representante de la provincia de Guayaquil en las Cortes de Cádiz: fué individuo de la Diputación permanente que se negó á reconocer á Fernando VII mientras éste no jurara la Constitución de la Monarquía. A poco de regresar á su patria (1816), tomó parte activa en los sucesos que prepararon la independencia de la América del Sur, y mantuvo relaciones de estrecha amistad con Bolívar, que le nombró agente diplomático del Perú en Londres; comprometido cargo que costó á Olmedo muchos sinsabores. Después de 1828, y fijada ya definitivamente su residencia en el Ecuador, figura como uno de los hombres políticos más importantes de su país, asistiendo á las Convenciones de Riobamba (1830) y Ambato (1835). Diez años más tarde estuvo á punto de ser elegido Presidente de la República, á la que continuó prestando sus desinteresados servicios. La muerte de Olmedo (19 de Febrero de 1847) fué la de un cristiano fervoroso, á pesar de las ligerezas volterianas que alguna vez se escaparon de su pluma. Véanse los interesantes *Apuntes biográficos de D. José Joaquín Olmedo por Pablo Herrera* (Quito, 1877), y el estudio de D. Manuel Cañete sobre la vida y las obras del poeta de Guayaquil, publicado primero en la *Revista Hispano-Americana* (1882), y después en el volumen que tituló *Escritores españoles é hispano-americanos* (Madrid, 1884).



aun no podía escribirse, porque, si *esas obras han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera á media centuria de distancia*; comprendiendo, aunque en la forma vaga y superficial que permitían sus preocupaciones clásicas, la necesidad de que los elementos épicos se vayan elaborando paulatinamente en el alma de las muchedumbres por un proceso de lenta idealización que no basta á suplir el genio del poeta; pareciéndole, en cambio, que no debía contentarse con la rápida expresión del sentimiento subjetivo, y aspirando á que en las estrofas de su canto quedase esculpido el recuerdo de las proezas de la insurrección americana, se decidió á escribir una composición de carácter mixto, entre lírica y narrativa, para lo cual no le faltaban modelos en la misma literatura española. El plan de Olmedo se redujo en un principio á conmemorar la batalla de Junín; pero después se extendió á la de Ayacucho, enlazando la una con la otra por el procedimiento bien poco hábil que luego verán los lectores.

Se abre el canto con una de aquellas hipérboles que Bolívar censuraba, no sólo por modestia, sino por razones de buen gusto, pues no aparece justificado el hablar tan pronto del trueno que

al Dios anuncia que en el cielo impera.

¶ Por el contrario, es magnífica la comparación de las *soberbias pirámides*, alzadas por *esclavas manos*, para deificar el orgullo de los déspotas, y que el tiempo se encarga de hundir en la sombra del olvido, con esos otros testigos eternos de la victoria que enardece el estro del poeta; con los Andes,

¶ moles sentadas sobre bases de oro,

que con su peso equilibran la Tierra, y que podrán contar á las edades futuras cómo la Libertad fué colocada triunfalmente en el templo del Sol. La musa de

Olmedo se entrega al arrebató de que siempre hicieron alarde los imitadores de Quintana; quiere seguir el ejemplo de la de Píndaro, cuando concurría al estadio para enaltecer al luchador más feliz ó más valiente, y envidiosa luego

De la inmortalidad que les ha dado,  
Ciega se lanza al circo polvoroso,  
Las alas rapidísimas agita,  
Y al carro vencedor se precipita;  
Y desatando armónicos raudales,  
Pide, disputa, gana  
O arrebató la palma á sus rivales <sup>1</sup>.

Nada más solemne y mejor graduado que el exordio de la descripción de la batalla:

¿Quién es aquél que el paso lento mueve  
Sobre el collado que á Junín domina?

Nada más grandilocuente, aunque no sin visos de afectación, que las estrofas dedicadas á los encuentros sucesivos de Necochea, Miller y Bolívar con los españoles: el poeta no se satisface con la realidad, y da á los hombres y las cosas proporciones colosales, mereciendo que Bolívar le dirigiese esta fina reconvención: «Usted dispara... donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín...» Mucho se engañaría, sin embargo, quien despreciara la pompa deslumbrante, los derroches de colorido, la fastuosa riqueza del lienzo amplísimo que va aquí desplegándose ante nuestros ojos; quien considerase como vano artificio de palabras sonoras, como ejecución de un tema retórico, lo que es, sin duda, producto de verdadera emoción estética, auxiliada por

<sup>1</sup> Olmedo, como la mayor parte de los poetas americanos de su tiempo, no se cuidó de evitar la concurrencia inoportuna de los asonantes, ni otros defectos de expresión que sería fastidioso enumerar.



el estudio, y que hace servir á su intento las bellezas de ajeno dominio, ya tomadas de Homero, Virgilio ú Horacio, ya de Quintana ó Martínez de la Rosa.

De estos dos autores y de Nicasio Gallego debió de acordarse el poeta del Guayas, según el parecer autorizadísimo de Menéndez y Pelayo <sup>1</sup>, al introducir la aparición de Huaina-Capac, como medio de soldar las dos partes de que consta el canto á *La Victoria de Junín*. El Inca famoso, padre de Huáscar y Atahualpa, y de quien dice el poco verídico Garcilaso que le fué profetizada la destrucción de su imperio por la próxima llegada de los españoles, es el *Deus ex machina* á quien Olmedo confía el encargo de hacer una revelación más increíble que cuantas pudo tener en vida el propio Huaina-Capac, una revelación en que se anuncian puntualmente todas las peripecias de la batalla de Ayacucho al ejército que la ha de ganar. Y como si esto fuera poco, todavía encabeza su razonamiento el Inca hablando *de las tres centurias*

*de maldición, de sangre y servidumbre,*

y termina con un larguísimo epílogo sobre las futuras glorias de Bolívar y los destinos de la libertad en América, tras de lo cual se ve surgir en los cielos el coro de cándidas vestales que entonan un himno al Sol.

Al revés de lo que pensaba Olmedo, en nada contribuye semejante plan, calificado por él de *magnífico, atrevido y sublime*, á realizar la genuína grandeza del asunto; antes bien la desluce con adornos postizos, triviales y casi grotescos. Prescindamos de que, como observó fundadamente Bolívar, la figura de Huaina-Capac viene á eclipsar á las demás, y de que es anacrónico poner en los labios del Inca el lenguaje de la filantropía dulzona del siglo XVIII: el lector deja á un

<sup>1</sup> *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo III, páginas CXXXIV-CXXXVII de la Introducción.

lado fácilmente la tramoya escénica introducida en la obra, y suprime por abstracción al personaje que declama á nombre del poeta, cuyos sentimientos de odio á España, de bélica fogosidad y prematuro regocijo ante las soñadas grandezas del pueblo americano son los que verdaderamente palpitan en todas y cada una de las estrofas. Pero en las palabras de Huaina-Capac hay además incongruencias como la que censura en estos términos D. Miguel A. Caro: «¿Podría dejar de sonreír Bolívar al ver que la sombra de un Inca, imitando á Horacio y á Virgilio, y usando luego de un lenguaje en parte español y cristiano, en parte peruano y gentilicio, le ofrece, en premio á sus fatigas por la independencia americana, que, muriendo (Bolívar), será «ángel poderoso» en el «Empíreo» y ha de sentarse á la diestra de Manco-Capac? Lo más gracioso es que, en aquella morada de los justos, Bolívar se habría de hallar entre incas é indígenas peruanos, sin otra persona de su raza con quién hablar que el fraile Las Casas, que, como solitaria excepción,

en el Empíreo entre los Incas mora.

¡Pobre Bolívar en semejante cielo!» <sup>1</sup>.

Estos y otros lunares de fondo y forma, sobre los que han disertado largamente los críticos, no siempre de común acuerdo, dejan á salvo, en lo substancial, la gloria del poeta ecuatoriano, á quien la madre España perdonó desde luego las diatribas sangrientas y los ultrajes que contra ella acumula en *La Victoria de Junín*, y que por su exageración resultan inofensivos. La Estética autoriza á nuestro patriotismo para separar esos abrojos, más feos que punzantes, de la corona de flores que ciñó á la musa de la nación ofendida la mano del ofensor, vengadora de sus propias injusticias.

Sólo otra vez volvió Olmedo á hallar acentos tan

<sup>1</sup> *El Repertorio colombiano*, tomo II, pág. 448.



inspirados y robustos como los de su canto á la independencia de la América española, y fué en el dedicado *Al General Flores, vencedor en Miñarica*, eco de crueles discordias civiles, y en que el poeta saluda por héroe al caudillo á quien poco tiempo después combatía como á tirano. Nadie desconocerá por eso las bellezas de ejecución que hay en esta oda. Las demás composiciones de Olmedo, así la elegía *En la muerte de María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias*, y la meditación *El árbol*, como la *Silva á un amigo en el nacimiento de su primogénito*, y la parte traducida del *Ensayo sobre el hombre*, de Pope, no han contribuido mucho á la reputación de su autor, que es de los menos fecundos entre todos los hispano-americanos, aunque también, y sin disputa, de los más eminentes.

La esterilidad que se nota en la historia literaria del Ecuador durante los años inmediatamente posteriores á la muerte de Olmedo, forma contraste con las miríadas de rimas que después invadieron los periódicos, y que han servido para llenar tres ó cuatro compilaciones farragosas, donde es difícil hallar algún brote de originalidad ó de buen gusto. Ya D. Juan León Mera, sin extender la crítica más allá de los límites trazados por las leyes de la Gramática y el sentido común, dió buena cuenta de la *Lira Ecuatoriana* que publicó el Dr. Molestina; y aplicando el mismo procedimiento al *Parnaso* de Gallegos Naranjo, á la *Nueva Lira* de Echevarría, y hasta al grueso volumen de 677 páginas que la Academia del Ecuador, correspondiente de la Española, tituló *Antología de Poetas*<sup>1</sup>, serán bien contados los que de entre éstos salgan triunfantes del análisis, y acreedores á una modesta hojita del laurel de Apolo.

El mismo Mera (1832-1894), que no sólo poseyó

<sup>1</sup> Quito, 1892.

condiciones para justipreciar el mérito ajeno, sino también las de creador de la belleza, y en quien el entendimiento afinado y perspicaz, la imaginación lozana y la sensibilidad artística se completaron con el refuerzo de una vasta y sólida cultura, deja en la edición definitiva de sus obras en verso<sup>1</sup> una prueba evidente de que no había llegado á dominar la técnica del metro y la rima, que se le sublevan rebeldes, ni á realzar los conceptos con el encanto de una expresión fácil y natural, ni á suplir con enmiendas algunos defectos radicales que él conocía, y que trataba de remediar. Desde el *Sueño de amor* (1854) que encabeza el libro de sus *Poesías*, hasta *La Musa perdida* (1882), apenas hay composición en que no se exteriorice esa lucha entre el esfuerzo del autor y la indocilidad de la forma. La leyenda titulada *La Virgen del Sol* y *Las Melodías indígenas*<sup>2</sup> nos dan á conocer cómo redujo Mera á la práctica sus ideas sobre el americanismo en la poesía, ideas que han tenido secuaces poco inteligentes y discretos.

Aunque de traza hábil y llena de interés en varios pasajes, no puede competir la mencionada leyenda con la narración en prosa de la misma pluma, que elogiaron encarecidamente D. Pedro A. de Alarcón y D. Juan Valera<sup>3</sup>. Todo es original y típico en las escenas de *Cumandá*: todo nos transporta á un mundo nuevo, donde la belleza de los objetos físicos, espléndida y salvaje, grandiosa y bravía, está en consonancia con los personajes de la novela, y con sus pasiones y costumbres, mezcla de candor y perversión, de sencillez patriarcal y barbarie repulsiva. El autor, que produce así en el ánimo extrañas y desacostumbradas emociones, prescinde de ciertos recursos artís-

<sup>1</sup> Barcelona, 1892.

<sup>2</sup> Idem, 1887.

<sup>3</sup> *Cumandá, ó un drama entre salvajes*.—Segunda edición.—Madrid, 1891.



ticos, acaso para no bastardear el carácter extraordinario del fondo; y, dejándose dominar por él, da rienda suelta á las efusiones líricas, y sustituye á veces con peroraciones acompasadas y solemnes la natural flexibilidad del diálogo.

Redúcese la acción á los desventurados y archiplatónicos amores de la heroína que da nombre á la obra, con Carlos, hijo de un opulento hacendado, convertido en misionero celosísimo por obra de terribles vicisitudes y desgracias. En las que impiden á Carlos y á Cumandá el logro de sus comunes aspiraciones, es ésta quien procede con mayor intrepidez y más estoico desprecio del peligro, quien burla las asechanzas de sus enemigos domésticos, quien sella con heroica muerte la fidelidad de sus afectos y promesas. Algo inverosímil resulta ese dechado de perfecciones femeninas en una tribu salvaje, y quizá debe tenerse por defecto no menor el que sean dos hermanos, como al fin se descubre, los amantes idealizados por el autor, que arroja de este modo sobre el casto idilio la sombra de la posibilidad de un incesto. Así y todo, rebosan en las páginas de *Cumandá* la vida, la animación y el sentimiento, y son muy pocos los libros americanos que rivalizan con el de Mera, ni en las cualidades indicadas, ni en belleza de estilo y relativa corrección de lenguaje <sup>1</sup>.

Otros dos ingenios ecuatorianos comenzaron su carrera literaria al mismo tiempo que el anterior; echándose, á diferencia de él, en brazos de la duda, y haciéndose eco de la amarga filosofía de Byron y Leopardi, aunque teniendo al fin la dicha de reconquistar la luz de la fe perdida y el calor de la esperanza muerta. No se manifestó de idéntico modo *el mal del siglo* en los poetas á quienes aludo; pues lo que es resignación, mansa tristeza y apacibilidad de tonos en las ri-

<sup>1</sup> El autor de *Cumandá* lo es también de las dos novelitas *Entre dos tías y un tío* (Quito, 1889) y *Por qué soy cristiano* (Quito, 1891).

mas de Julio Zaldumbide (1833-1887), es en las de Numá P. Llona <sup>1</sup> vehemencia apasionada, férvida inquietud, sucesión de lamentos desesperanzados; y la forma de las primeras, sencilla hasta rayar á veces en el prosaísmo, contrasta con la de *Clamores del Occidente*, que se distingue por sus románticas osadías.

*Los caballeros del Apocalipsis*, el *Canto de la vida* y la *Odisea del alma* dan á conocer cuánto influye en la musa de Llona el espíritu de investigación y análisis, que la obliga á discutir abstrusos problemas y le prohíbe espaciarse por las regiones de la belleza pura y desinteresada. Este predominio de la tendencia reflexiva y didáctica es sorprendente en un poeta que á la continua se muestra celosísimo de su vocación y su independencia de artista, que profesa una devoción de neófito á la pulcritud de la frase, al esmero y á la cadencia musical de la estrofa, aunque abuse de ciertas libertades prosódicas, comunes á casi todos los autores americanos; que aspira, en fin, á imitar el ejemplo de Benvenuto labrando la rima con el paciente cariño que consagraba á sus obras el gran escultor y orífice. Entre las combinaciones métricas prefiere Llona las que pueden proporcionarle el deleite de la dificultad vencida, y muy en particular el soneto. En la copiosa colección de los que lleva publicados se ve reflejada la historia de sus luchas, dolores y placeres íntimos, la imagen de su vida, que él ha comparado con una montaña fragosa

Cuya planta, que azotan aquilones  
Del Tártaro, se pierde en las cavernas,  
Mientras su cumbre en el fulgor se baña  
De las azules bóvedas eternas <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Nació en Guayaquil en 1832. Sus obras principales están coleccionadas con el título de *Clamores del Occidente*. (*Cien sonetos nuevos*, Lima, 1880.—*Interrogaciones*, *Poemas filosóficos*.—*Cantos patrióticos y religiosos*.—*Poemas amatorios y diversos*.) Posteriormente ha publicado muchas composiciones sueltas y varios fragmentos del poema *El amor supremo*.

<sup>2</sup> La esposa del poeta, Doña Lastenia Larriva de Llona, ocupa



En la República del Ecuador no cunden hoy los vientos de modernismo que en casi todas las hispano-americanas; antes bien persiste muy arraigada y pujante la dirección poética que consagró Olmedo en sus cantos de triunfo y que han seguido: D. Luis Cordero en su composición *Aplausos y quejas*, inspirada por la de Olegario Andrade *Al porvenir de la raza latina*, aunque de muy diverso espíritu; D. Quintiliano Sánchez (*Colón y la Fe, Á Bolívar, Al Cotopaxi*, etc.); D. Remigio Crespo y Toral (*España y América*), y otros varios autores. También hay quien imita á Trueba, á Selgas ó á Bécquer, y quien trata de renovar las tradiciones de nuestros místicos, manifestando todos por igual el amor á España, á su lengua y su literatura.

La prosa didáctica ha contado en el Ecuador con una pléyade selecta de cultivadores, como el Dr. Espejo, cuyo *Nuevo Luciano ó Despertador de ingenios*, obra compuesta á fines del siglo XVIII, obedece á un espíritu crítico y reformista algo semejante al del Padre Feijóo; como Fr. Vicente Solano (1791?-1865), cuya ilustración sólida y variada se derramó en múltiples escritos <sup>1</sup> de Teología y Derecho, de Física é Historia Natural, de Política y Literatura, dignos de estimación por la riqueza de doctrina, aunque faltos ordinariamente de amenidad y elegancia; como el insigne mártir D. Gabriel García Moreno (1821-1875), cuyas extraordinarias prendas de hombre de acción é integérrimo gobernante no deben hacer que olvidemos sus méritos de literato. Sobre todos descolló en este concepto D. Juan Montalvo (1838-1889), el autor de los *Siete tratados*, las *Catilinarias*, *El Cosmopolita* y *El Espectador*, el fogoso paladín de las ideas revo-

también distinguido lugar en las letras: escribe narraciones muy agradables y sentidas, y dirigió por algunos años la revista literaria *El Tesoro del hogar*.

<sup>1</sup> Coleccionados últimamente en cuatro volúmenes. (Barcelona, Establecimiento tipográfico de la *Hormiga de Oro*, 1892-1895.)

lucionarias é impenitente clerófobo, hombre enamorado de cierto idealismo en que entran por mucho los refinamientos de la sensualidad, y apóstol de un evangelio con cuyas apariencias cristianas está en contradicción la heterodoxia del fondo; escritor habilísimo y genial que, imprimiendo á su estilo y lenguaje el mismo sello de distinción y originalidad que resaltaba en su persona y en sus hábitos y aficiones, fué intransigente purista y rebuscador de vocablos y frases, no ya castizos, sino arcaicos, al mismo tiempo que admitía no pocos vituperables neologismos y modelaba su prosa fijando los ojos en Montaigne y Voltaire, más aún que en Cervantes y Granada <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Entre los autores no comprendidos en la reseña precedente y que han merecido bien de las letras y la cultura de su patria, puede citarse al presbítero D. Federico González Suárez por sus libros de controversia religiosa y su *Historia general de la República del Ecuador*; á D. Honorato Vázquez por sus estudios literarios y filológicos; á D. Roberto Espinosa, traductor de Heine y autor de una notable *Miscelánea literaria*; á D. José Trajano Mera y D. Vicente Pallares Peñafiel, que, después de haber formado con otros jóvenes entusiastas la sociedad que recibió el nombre de *Escuela de Literatura*, fundaron en 1889 la *Revista Ecuatoriana*, publicación que aventaja en mérito é interés á la mayor parte de las que se imprimen en la América española.

